

LOS CUENTOS que leímos o nos contaron en nuestra infancia suelen reaparecer en nuestra vida adulta, con una carga de sabiduría, de la que no tuvimos conciencia cuando niños.

Ahí está, por ejemplo, ese viejo cuento que nos relata la existencia de un legendario rey muy pretencioso, siempre preocupado de su ropaje. A este rey lo fue a visitar un pícaro, quien haciéndose pasar por sastre se ofreció para coserle el más extraordinario ropaje, cuya tela él prepararía con un hilo tan fino que sería imperceptible para el ojo humano. El rey, pretencioso como era, se dejó embaucar, permitiendo que el sastre día a día cosiera la ropa invisible y, cuando ella estuvo a punto, hizo avisar al pueblo. Este se congregó en un número mayor al de todas las otras ceremonias, y cuando el rey se presentó ante ellos en cueros, nadie osó reconocerlo así, pues a grandes voces se maravillaban por la belleza de la invi-

la página de Sergio Vodanovic

presentación han ido deslavando. Otra obra de Schnitzler, con características semejantes a "La Ronda", fue representada hace años en el Petit Rex, sin que tuviese más eco en el público y en la crítica que el de cualquiera pieza de repertorio. "Anatol" no fue un éxito de público hace más de diez años y si lo es "La Ronda", en 1970. ¿Hay una diferencia muy grande entre las dos obras? ¿Se trata de versiones

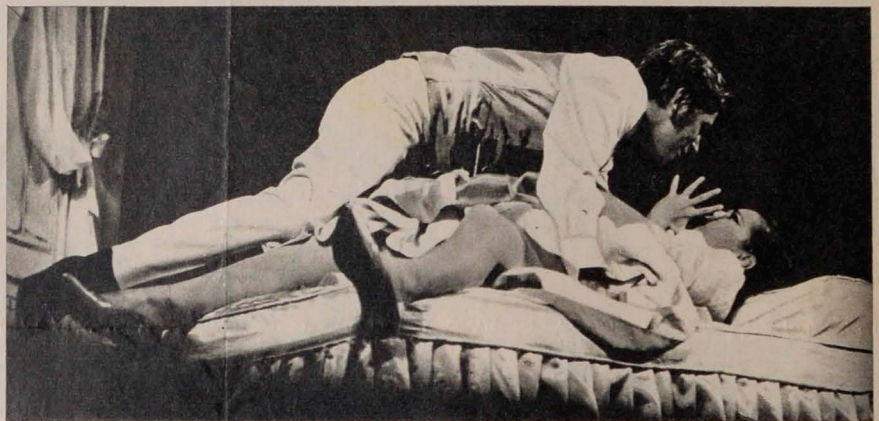
No es de extrañar, entonces, que el teatro de nuestros días, como ya lo ha hecho el cine, use de este ingenuo anzuelo para atraer a un público mirón que, sin necesidad de agujerear ninguna tapia, se dé este inocente placer.

Lo que sí es de extrañar es que al hecho, simple y escueto como él es, se le pretenda revestir con un imaginario ropaje. Declarar que el desnudo de "La Ronda" es una expresión de madurez artística, que él implica simbólicamente un teatro de liberación en lo político, en lo social, en lo económico, en los sueños, es hilar tan delgado como hilo delgado el falso sastre del cuento con el manto que le tejó al pretencioso soberano.

Sólo ahora, con lo sucedido con "La Ronda", se me hace aparente la moraleja del cuento de mi infancia leído en "El Tesoro de la Juventud".

Recién ahora comprendo que en el

¡El rey está pilucho!



sible tela, mientras que, en lo íntimo, se regocijaban al ver a su rey en tan vulnerable situación. Y fue un niño, con la inocencia que caracteriza a los niños, quien gritó admirado: "¡El rey está pilucho!" Y junto con el grito quedaron en descubierto la vanidad del rey, el embuste del falso sastre y también la hipocresía de los espectadores. Así, al menos, me parecía a mí con mi candor de niño.

En estos días, he recordado el cuento al leer, primero, las declaraciones de los responsables de la producción de "La Ronda", los que, al igual que el falso sastre del cuento, explican los sutiles argumentos de la tela con que está hecho el éxito de esta pieza teatral; al oír, después, a algunos espectadores que, al igual que los súbditos del pretencioso rey, sin mencionar el hecho de que él está en cueros, alaban las propiedades dramáticas de la obra de Schnitzler; y, por último, al leer las opiniones de los críticos, que haciendo esta vez el papel del niño indiscreto, han gritado que lo que el público va a ver es al rey desnudo y no al imaginario manto.

"La Ronda", de Arthur Schnitzler, no es ni una gran obra ni una pieza despreciable. Corresponde a un teatro menor, con una dosis de picardía y de atrevimiento que los años pasados desde su primera re-

de una ostensible diferencia de calidad? Nada de eso. Si "La Ronda" es un éxito de público es porque algunos actores y algunas actrices aparecen, por breves momentos, en cueros.

La curiosidad por mirar a una persona sin ropas parece ser una antigua atracción humana que se debe haber iniciado conjuntamente a la costumbre de vestirse. Ya la Biblia nos cuenta la historia de Susana, a la que dos ancianos jueces sorprendieron mientras se bañaba desnuda y, ni cortos ni perezosos, se dieron a la tarea de espiarla, con tan mala suerte para ellos, que del hecho se derivó una serie de acusaciones y contraacusaciones que terminaron con la sentencia de muerte para los mirones.

La leyenda, la historia y la historieta están llenas de ejemplos de esta curiosidad humana por ver a sus congéneres sin ropa, curiosidad que sólo desaparece cuando el desnudo se generaliza y con ello pierde su perfume de pecado.

Lady Godiva se paseó desnuda sobre un caballo por todo el pueblo, para demostrar a su despótico marido cómo sus súbditos la respetaban y querían, pero no faltó el curioso ciudadano que haciendo un agujerito en la tapia presenció el espectáculo, pasando así a la historia como "El mirón Tom".

cuento casi todos salieron ganando. El rey, que era pretencioso, no se dejó embaucar, sino encontró un pretexto honorable para exhibirse desnudo. El sastre parlanchin consiguió el dinero que pretendía obtener y el pueblo, que en gran cantidad se dio cita para ver el fino manto real, sabía de antemano que su soberano aparecería en cueros y de este modo sació su ingenua curiosidad.

Lo que no puedo recordar, en cambio, es qué es lo que le sucedió al niño que imprudentemente se atrevió a gritar la verdad.

De seguro que la poblada enfurecida lo debe haber castigado por así aguarle su diversión. El rey, herido en su amor propio, lo habrá hecho azotar y el falso sastre, temeroso de que pudiera perder sus ganancias, habrá manifestado públicamente cuán ofendido estaba y, seguramente, por suscripción popular se le habrá ofrecido una comida de desagravio.

¡Pobre niño ingenuo!

La moraleja del cuento debió ser, seguramente, que nunca hay que decir la verdad. Pero, en su oportunidad, se me escapó tan hondo significado.

Y ya es un poco tarde para aprender. ■